

MASSIMO GAGGI - TAMARA JADREJCIC

ESTADOS UNIDOS POR DENTRO

Retrato de un sueño en crisis

Traducción de Mónica Herrero



Índice

Prefacio	9
1. La comida en Estados Unidos	13
2. Supremacistas viejos y nuevo	23
3. Segunda Enmienda: la religión de las armas	33
4. Hasta la última frontera y más allá	43
5. La crisis, la esperanza	55
6. Bancos de inversión y maestros de la estafa	67
7. Appalachia, la región olvidada de Estados Unidos	75
8. De Wall Street a Tahrir: la ilusión de las rebeliones digitales	85
9. Obama, esperanzas y desilusiones	95
10. Atlántida en Detroit, El Dorado en Dakota del Norte	105
11. El mercado de la salud	115
12. Teología de las megaiglesias	123
13. <i>The Donald</i> : un ovni en la Casa Blanca	131
14. Guerras culturales	141
15. Odisea hispana	153
16. La magia de la pelota (ovalada) y el poder del libro	163
17. Covid, entre tragedia y nuevas desigualdades	171
18. Democracia asediada	179
19. Libertad absoluta (pero no para la elección de las mujeres)	189
20. ¿Inteligencia para la humanidad o tecnocesarismo?	195
21. Trump 2, la presidencia imperial	209

Prefacio

Veinte años duró lo que llamamos nuestra vida en Estados Unidos. Los primeros años fueron de continuas sorpresas vividas en un estado casi de euforia, llenos de buenos sentimientos y esperanzas. Ir a vivir allí con dos hijos que completaron en Estados Unidos su trayectoria escolar fue una decisión importante: abrazar una dimensión distinta de la europea, dejarse llevar por la energía de Nueva York, la ciudad soñada desde nuestra infancia.

Y luego explorar un país que, para bien y para mal, en el magma de sus contrastes extremos, es una novela viviente de cinco mil kilómetros de largo. Para nosotros fue un viaje, por momentos apasionante, por momentos angustiante, por los lugares que más han moldeado el imaginario de todos. Una nación-continente hecha de tantas realidades diferentes en las que nos sumergimos, ansiosos y curiosos. Estados Unidos nos regaló momentos mágicos: desde las auroras boreales en Alaska hasta el descenso a los cañones de kilómetros de profundidad, excavados por el río Colorado en eras geológicas a lo largo de millones de años.

Amamos Estados Unidos por las libertades, el dinamismo y el pragmatismo. Pero también nos estremecemos ante los excesos que a menudo desembocaron en tragedia. Y fue doloroso ver cómo, en pocos años, las diferencias que siempre existieron entre el Estados Unidos de las metrópolis y el rural se ampliaron hasta convertirse en profundas grietas.

Desde George W. Bush hasta Barack Obama y luego Trump y Biden, vimos a líderes prometer convertirse en presidentes de todos los Estados Unidos, pero no lograr tender puentes después: bloqueados por la hostilidad de un Congreso polarizado o incapaces de frenar la pérdida de confianza en las instituciones. En un país que gradualmente dejó de identificarse con los valores comunes, aglutinantes indispensables de una sociedad democrática, estos presidentes terminaron por representar, en los hechos,

solo a una facción política. Así fue hasta la deriva autoritaria del segundo mandato de Trump, que transforma a Estados Unidos y lo vuelve irreconocible: un golpe directo al estómago, pero no una sorpresa.

Según una investigación de las universidades de Cornell y Syracuse, hasta los años noventa las áreas rurales y urbanas se comportaban de manera bastante similar, al menos a la hora de votar al presidente. Luego, a partir del 2000, la brecha se profundizó como resultado de las brutales transformaciones económicas debidas a la globalización y a la revolución tecnológica de la información que deberían haber llevado la democracia de internet a todas partes y, en cambio, funcionó como punta de lanza para la radicalización. Otras encuestas, como la del Chicago Council of Global Affairs, retratan un país en el que dos tercios de la población piensa que la democracia estadounidense está muy debilitada, pero con ideas muy diferentes acerca de las causas. Y son muchos los que no saben a quién culpar.

Queríamos entender más entrando en las distintas realidades sociales, tratamos de orientarnos en esa niebla de la desconfianza en las instituciones y de la pérdida de interés por los valores democráticos. Fenómenos que no estallaron con el sonido de sirenas de alarma, sino que se fueron depositando, año tras año, como una capa de polvo cada vez más espesa, sobre los comportamientos cotidianos. En todas partes: en las relaciones entre vecinos, en la oficina, en los libros escolares, en las cenas con familiares y amigos.

Hemos medido estos fenómenos teniendo en cuenta los estados de ánimo de la gente que nos cruzamos en los cuatro rincones del país, en lugar de recurriendo a los puntos porcentuales y los gráficos de los institutos de investigación. Observamos la cordialidad y el orgullo por un Estados Unidos optimista como se los conoció hasta el final del siglo XX y que fueron sustituidos cada vez más por un malestar que en el vientre del país se traduce, más que en rabia, en sarcasmo, como cuando, al final del año del covid, en un condado conservador de Pensilvania nos preguntaron si llevábamos mascarillas para mostrar una identidad demócrata. O se traduce en erosión de la confianza de quien te dice que “a estas alturas votar es como gritar dentro de un pozo”. Pero sobre todo en cansancio, aburrimiento, fin del diálogo, descenso hacia algo oscuro, en el silencio: cada uno encerrado en su “cámara de eco”, evitando discusiones, intercambios abiertos de opiniones. Se trata de una renuncia a debatir que a menudo afecta también

a ciudadanos de un mismo bando político: mejor hablar del césped o del color de la nueva cerca que adentrarse en temas que podrían hacer aflorar visiones distintas sobre el sexo, la inmigración, el aborto, la raza. Y sobre los límites a la libertad de expresión o de tener armas.

En este viaje nuestro hemos buscado respuestas por todas partes: en lugares que recuerdan la “ciudad resplandeciente sobre una colina” de la metáfora de Ronald Reagan y en la miseria de los olvidados, afligidos por desigualdades crecientes. En el Estados Unidos multiétnico que votó los derechos civiles y puso a un afroamericano a la Casa Blanca o en ese país que normalizó un supremacismo blanco que había permanecido latente durante mucho tiempo. En la nación de la alta tecnología y en aquella ultraconservadora del nacionalismo cristiano.

Así nació esta novela nuestra sobre Estados Unidos, hecha también de relatos cruzados de ambiciones extremas: desde las de los oligarcas de la inteligencia artificial que apoyaron a Trump, al reconocer en él la capacidad de allanar el camino hacia una era tecnoautoritaria, hasta las de los creacionistas del Arca de Noé reconstruida sobre las colinas de Kentucky para convencernos de que Dios creó el universo hace apenas seis mil años. Con los dinosaurios que permanecieron entre nosotros al menos hasta la Edad Media, representados como dragones.



Nuestro Estados Unidos
en 15 lugares

1.
La comida en Estados Unidos
2004

La zona de Ground Zero está aún cercada por redes metálicas cubiertas de fotos de aquel 11 de septiembre de tres años atrás: imágenes de gente que sale de la nube de escombros, irreconocible bajo la máscara de polvo, siluetas blancas que emergen desorientadas e incrédulas. En la ciudad los cuarteles de bomberos y los puestos de policía tienen aún las fachadas decoradas como altares en memoria de sus caídos: 343 bomberos y 72 policías muertos en el derrumbe de las Torres Gemelas.

Estados Unidos es un país que ya conocemos bien cuando nuestra familia —dos adultos y dos niños de 3 y 7 años— se traslada al otro lado del océano en 2004. Los estadounidenses, más que los europeos, son un pueblo capaz de pensar en grande, de anticipar las tendencias, incluso de atreverse. Saben ser temerarios al sentirse herederos del “excepcionalismo” del que alardeaban los rebeldes que hace algunos siglos cruzaron el Atlántico con la ambición de construir un mundo nuevo, más libre y dinámico. Estamos impacientes y curiosos.

Llegamos a Nueva York en septiembre, en plena campaña electoral. John Kerry desafía a George W. Bush de un extremo al otro del país. Pero esta ciudad, privada de las llamas de la lucha política porque votará de todos modos por los demócratas, sigue replegada sobre sí misma. Cada neoyorquino que uno se cruza necesita contar con los más mínimos detalles dónde se encontraba aquella fatídica mañana. En la televisión, anuncios incesantes incitan a los rescatistas que respiraron polvos letales, amianto y cobalto, y que durante ese tiempo desarrollaron distintos tipos de tumores, a participar en varias *class action* (demandas colectivas). Estas campañas

publicitarias continuarán durante dos décadas: serán el telón de fondo de toda nuestra estancia en los Estados Unidos.

El impacto aún no se ha metabolizado, pero ya se habla del nuevo World Trade Center, más alto y hermoso. En realidad, muchos años después, se levantará un único rascacielos, la Freedom Tower, con los primeros 16 pisos blindados: un búnker a prueba de ataques con camiones bomba. Comprensible: la ciudad vive bajo la pesadilla de una nueva ofensiva de los terroristas que el presidente George W. Bush ha tratado de atacar en sus guaridas.

Pero, después de la invasión de Afganistán y la invasión, insensata, de Irak, el país está partido en dos. En menos de un año ha pasado del triunfal *mission accomplished* (misión cumplida), pronunciado en mayo de 2003 por el presidente en la cubierta del portaaviones *USS Abraham Lincoln*, a la guerra civil iraquí. Pese a la captura de Saddam Hussein, son continuas las masacres de civiles inocentes, además de las de guerrilleros. Y crece también el número de víctimas estadounidenses. Ya en septiembre son mil los soldados y los *contractors* (contratistas militares) estadounidenses muertos, miles los heridos. A las minas en las carreteras y a los repentinos ataques con morteros, los estadounidenses responden con la aviación. El napalm y las bombas de fósforo devuelven al país al clima sombrío de la guerra de Vietnam.

Es en este punto donde se enfrentan Kerry y Bush. A este último ya lo conocemos, el primero es una apuesta que surge de la galera de un partido demócrata todavía en busca de un verdadero líder después de la era Clinton. Nos llama la atención que en sus segundas nupcias se haya casado con Teresa Heinz: apellido familiar que encontramos en las etiquetas de todas las botellas de plástico de ketchup, que hay que mantener rigurosamente “cabeza abajo”, sobre la tapa.

La atención hacia la multimillonaria de las salsas es desmesurada también porque las primeras batallas que se presentan ante nuestros ojos son las alimentarias, más aún que las políticas. Como una especie animal llamado a adaptarse al nuevo hábitat al que ha sido trasladado, deambulamos por las calles, sacudidos por un aluvión de mezclas de olores: del chile mexicano, al garam masala indio, a las almendras caramelizadas, a las furgonetas que venden *hot dogs*. Cerrar la puerta de casa al volver por la noche es como regresar a la madriguera: la seguridad de reconocer lo que hay en el plato.

Sobre cómo se alimentan los estadounidenses se pueden escribir tratados o uno puede limitarse a un epitafio. O a una ecuación: más dinero, menos kilos; menos dinero, más kilos.

En Nueva York hay una guerra de trincheras entre los barrios de los ricos, donde prosperan gimnasios atestados de personal *trainers* y se vende comida orgánica a precios estratosféricos, mientras que en Harlem o en el Bronx triunfa la comida basura que cuesta poco, pero acorta la vida. Una frontera recorre la calle 96 de Manhattan: quien vive al sur de esta frontera invisible come mejor, en su inmensa mayoría tiene buenos seguros médicos, y tiene una esperanza de vida de 85 años, diez más que quien habita al norte de esta calle.

Nosotros nos hemos apostado en la calle 92 y nos las arreglamos, aunque es difícil evitar la trampa de los alimentos procesados.

Al principio no entendíamos. Nos manteníamos alejados de las catedrales de la comida industrial, fieles a los hábitos alimentarios traídos de Italia. Cereales, yogur, leche, pan, pasta, fruta, huevos. Y sin embargo empezamos a engordar. En ese momento fueron nuestros hijos quienes encendieron la primera señal de alarma al rechazar la Nutella y la Ovomaltina que comprábamos en el supermercado de debajo de casa. Demasiado dulces, distintas de las que se consumen en Italia.

Las personas del lugar que nos veían en apuros empezaron a prodigar consejos: había que aprender a leer las etiquetas del yogur y de los cereales llenos de azúcar. Los huevos, mejor *medium size* que *large*. Y, además, el consejo que nos traumatizó durante años: ¡no les den a los hijos varones leche no orgánica, porque está llena de hormonas y les hará crecer los pechos!

En aquellos años, Del Taco, cadena de *fast food* mexicana, había relanzado su producto más graso y calórico, un burrito de 450 gramos, rebautizándolo como “Macho Burrito”. “Comida para gente valiente, no algo para todos”, era el eslogan difundido por el vicepresidente de la compañía, Joe Senger.

Como alternativa, se podía exagerar con un Monster Thickburger, dos hamburguesas, separadas por dos lonchas de panceta y tres de queso, chorreando mayonesa: 350 gramos de carne, 107 de grasa, 1420 calorías. David Letterman, presentador de uno de los programas de televisión más populares, hablaba de un sándwich Frankenstein, mientras que su colega

Jay Leno optaba por la ironía lúgubre: “¿Te lo sirven directamente en una caja de cartón con forma de ataúd!”.

Las recetas, cada vez más letales, de las cadenas de *fast food* se vivían como praderas por conquistar: embriaguez del riesgo y fronteras por superar, mientras los manager de la comida del demonio iban a Wall Street a presumir de los éxitos “de nuestras hamburguesas políticamente incorrectas, desde luego algo que no es para gente que abraza los árboles”.

Excesos que atañen, todavía hoy, sobre todo a los jóvenes. Los psicólogos han identificado en los varones de entre 18 y 35 años la generación con mayor tendencia a la transgresión: desahogan la ansiedad en la comida.

Danny Meyer, genio de la restauración neoyorquina, ha intentado hacer digerir el *fast food* también a los refinados residentes de Manhattan, inventando la comida rápida con pedigrí. Y precisamente en 2004 lanzó Shake Shack: cadena que sirve hamburguesas en versión premium con carne de calidad, panecillos que no pierden la forma con el transporte. Y, además, ensalada crujiente, pero sobre todo las míticas papas fritas en forma de zigzag.

Para la sede más prestigiosa, la del Upper East Side, se había elegido la calle 86, entre Lexington y la Tercera Avenida. Apenas unos meses antes, aquel agujero entre los dos rascacielos olía a provincianismo, planes urbanísticos corruptos, mala suerte.

Año tras año, valientemente, Shake Shack saneó el área, reestructuró los viejos cimientos, instalando la cocina y las cajas en el sótano. Luego colocó a nivel de la calle una extensión de mesas y sillas cubiertas por una marquesina. La fila no terminaba nunca. La cocina despachaba hamburguesas a la velocidad de McDonald's, manos enguantadas las ponían entre dos trozos de pan, luego la consabida hoja de lechuga, rodaja de tomate, aro de cebolla y una feta de queso amarillo. La consabida logística. Nosotros dos, los adultos de la familia, no lográbamos entender dónde estaba la revolución. Pero la gente hablaba, hablaba de cómo Shake Shack era diferente, era humano, era sano: un halo de buenismo.

La idea del “genio” era un intento de democratizar el *fast food*: iguales por fuera, mejores por dentro, para gente que estaba dispuesta a gastar más ante la publicidad de huevos incubados por gallinas felices y de ensalada sin pesticidas.